

(*Cantan los dos.*)  
MÚSICOS.

Desesperado.

AMA.

Quedo, quedo.

MÚSICO 1.º

¿No es buena letra?

AMA.

¿Cómo ha de ser buena cantada de un lechón y un alma en pena? Entre el que danza, que esto no contenta.

MÚSICO 1.º

Ya está en el puesto.

BAILARÍN.

Toquen la gallarda.

(*Empieza á danzar.*)

AMA.

¡Donoso sardesquito para albarda!  
¡Bueno, bueno, donoso matachín!  
mirando al suelo,  
dando muchos saltillos de puntillas,  
que parece que baila donde hay lodos.

BAILARÍN.

¿Donde hay lodos? Por Dios, hermoso pago.

AMA.

Andad, bailad en la corte de Santiago.

CRÍADA 1.ª

Señora, ya están todos los penantes, digo, los pretendientes de tus bodas, aguardando allí fuera.

AMA.

Entren luego, que quiero portarme, amigas, á lo caballero.

*Sale el GALÁN 1.º*

GALÁN 1.º

Beso á usía las manos muchas veces.

AMA.

¿Para qué es esta caña? ¿hay aquí peces?

GALÁN 1.º

Dos años ha, señora de mi vida, que tu dichoso tálamo pretendo.

AMA.

Mejor será de corte pretendiente.

GALÁN 1.º

¿Por qué, mi reina?

AMA.

Porque, sin embargo, todo lo alcanzará quien es tan largo.  
¡Válgate Dios por lanza de estandarte!  
¿Soy yo tordo, que intentas temerario que me vaya á vivir al campanario?

GALÁN 1.º

Yo me muero por ti, Nise discreta.

AMA.

Pues haga el ataúd de una escopeta.

GALÁN 1.º

No llegues á mis días. (*Vase.*)

AMA.

Á la cara será imposible caso, si á vivir al tejado no me paso.

*Sale el GALÁN 2.º*

GALÁN 2.º

Yo que no soy tan largo ni tan bajo, tu dulce sí y aquesa mano pido.

AMA.

¡Válgame Dios, qué bajo de marido! Ansí nos baje el pan; ¡ay, cuitadillo!, marido quiero yo, no maridillo. Trafa un chico destes una llave de un escritorio atada á la pretina; subió muy afanado en un banquillo, y al punto que el cuitado quiso abrillo, cayó el banco, y mi cuenta de abalorio colgada se quedó del escritorio: átomo de hombre, ¿está contento ahora?

GALÁN 2.º

¿Qué mal contentadiza es la señora!

*Sale otro.*

GALÁN 3.º

Yo que no soy tan bajo, Nise bella, te doy mi corazón, te entrego el alma, si tu aspereza no lo contradice.

AMA.

¡Válgame Dios, qué dulce que lo dice! Pues también lo afectado es enfadoso. Quítente los colchones de las piernas, el jergón del estómago y la sábana con que ha plegado todo aquel collote, y apostaré que queda hecho virote.

GALÁN 3.º

Pues si quiere marido tan perfecto, en Alcorcón le harán de capa y gorra. (*Vase.*)

AMA.

Más le quiero de barro que de borra.

*Sale otro.*

GALÁN 4.º

Sin duda vengo yo á ser su marido, pues que le traigo joyas de gran precio.

AMA.

¿Y qué son, confiado pinta en necio?

GALÁN 4.º

Traigo grillos, esposas y candados.

AMA.

¡Lindo cuento!  
Con aqueste marido me contento;  
que éste, á pesar de todos mis contrarios,  
trae los requisitos necesarios.

GALÁN 4.º

Toca esa mano, y va de fiesta y baile,  
que eres mi esposa, grano de pimienta.

AMA.

Toquen el baile de la Malcontenta.

(*Cantan los MÚSICOS.*)

MÚSICOS. Para examen de maridos á una mujer se escogió, que para vivir sin gusto siempre escogen lo peor. Cuatro maridos le ofrecen y á todos los barajó, que en la elección de marido muy rara es la que acertó. Escogió para su esposo un marido, en conclusión, entre gordo y entre magro, como si fuera jamón. Ya le celebran la boda, cuando fuera harto mejor llorarla, pues va á morir donde no halle redención. Si tuviera noviciado el novio, muy bien sé yo que ninguno le cumpliera por salir de tal prisión.

AMA. Yo á mi marido quiero, sí, sí, sí, sí, regalalle.

GAL. 4.º Sí, mas ese regalo, no, no, no, no, no le quiero, porque salen las correas, sí, sí, sí, de mi pellejo.

AMA. No sea tan medroso, no, no, no, no, pues que le adoro.

GAL. 4.º Tengo yo mucho miedo, sí, sí, sí, de ver los toros.

### 316

#### CVII.—Entremés famoso: El Boticario. <sup>1</sup>

(DE LUIS DE BENAVENTE)

PERSONAS:

REBOLLEDO.	UN BOTICARIO.
LORENZO.	LUCÍA.
PERO GIL, <i>vejete.</i>	GONZÁLEZ. <sup>2</sup>

*Sale REBOLLEDO tras de LORENZO, su criado.*

REB. ¿Vos conocéis?

LORENZO. Sí conozco.

REB. ¿A quién conocéis, Lorenzo?

LORENZO. Á su merced, que es un hombre de harto trabajo.

<sup>1</sup> *Entremeses nuevos.* Alcalá, 1643.

<sup>2</sup> Este González es, por lo que resulta, el mismo Boticario.

REB. Yo pienso que es en sufriros á vos.

LORENZO. Que no coma.

REB. ¡Majadero!

LORENZO. Aun bien que vos sois la mano.

REB. ¿Que no comas sufro, necio?

LORENZO. No, mas me lo defendéis.

REB. ¿Qué dices, yo lo defiando?

LORENZO. No, que do no hay que comer, no hay que defender.

REB. ¿Qué es esto? ¿cuándo te faltó que hablar?

LORENZO. Cuando [no] como.

REB. Yo creo

que cuando comes no hablas.

LORENZO. Pues su merced es discreto, ya sabrá un refrán antiguo, que «al balar la oveja es cierto que dejaba de comer.»

REB. Tú balas de tiempo á tiempo.

LORENZO. Sí, pero siempre es de hambre; ¡ay, ay, ay!

REB. Lloro.

LORENZO. Hacia dentro;

só como cuero de miel,  
y las tripas dicen luego,  
como se miran regar,  
que visita esperan presto.

REB. Visitado te vea yo.

LORENZO. De un hospital de torreznos,

como que son los soldados  
y el capitán un gran cuero  
de vino, un costal de pan  
el alférez, y tras esto  
sea tras las cosas dichas  
alojamiento mi cuerpo.

REB. Buena estaría la campaña.

LORENZO. Los enemigos desiertos.

REB. Vamos al caso, que importa no me pierdas el respeto,  
pues te he casado.

LORENZO. En galeras  
esté, pues que tal ha hecho.

REB. Tu ama y yo, vamos á misa;  
de nadie fiarme puedo  
si no es de ti; ten cuidado,  
que luego al momento vuelvo;  
y si vinieren ladrones,  
ojo avizor.

(*Vase REBOLLEDO.*)

LORENZO. Ya lo entiendo;  
vaya su merced con Dios,  
y mire que venga presto,  
que me espera mi mujer,  
y aunque es honrada, la temo.

(*Vase, y sale PERO GIL, vejete.*)

PERO GIL. ¡Ah! mujeres destes tiempos,  
comparadas al pepino,  
que por encima parece  
que estáis llenas de amarillo,  
como desesperación,  
y por otra parte digo  
que parecéis esperanza,  
que á lo verde signífico;  
humedad y pepitoria



por de dentro, y así afirmo que Dios me ha hecho mercedes de pasarme deste siglo para salir de vosotras: curiosidad es mi vicio, y pues vive aquí Lorenzo de Villarán, escondido veré mejor de qué tratan. Mas al Boticario miro que con su mujer á solas está; mas yo me retiro para escucharlos mejor, pues ellos no me han sentido.

*Sale el BOTICARIO y LUCÍA y escóndese el VEJETE.*

GONZ. ¿Es posible que nos vemos? ¡Que sea yo tan desgraciado que de día ni de noche, aunque más ande rondando, no puedo mirar, mi bien, ese rostro soberano!

LUCÍA. Señor González, lo mismo le afirmo, que siempre ando hecha vigilante espía por ventanas, por andamios, por ver si le veo pasar; que este tonto mentecato de mi marido me ceta de muerte, que nunca salgo á la calle.

GONZ. Todo aqueo tú pudieras remediarlo con una traza, mi bien, que yo te daré.

LUCÍA. Ya tardo en oírlo de tu boca.

GONZ. Oye, pues.

PERO GIL. Por este andamio los puedo mirar más bien, que según los he escuchado, á mi vecino Lorenzo parece que van armando alguna trampa.

GONZ. En efeto, pues sabes soy boticario, yo me encontraré con él; diréle que está acabando, que el color tiene marchito, que haga remedios, y cuando él haya venido á casa, dirás lo mismo, mostrando gran pesar, que vas al punto por un remedio volando, y en saliendo tú, mi bien, iremos juntos al campo, donde te daré una yerba con que sane este barbado, y nosotros gozaremos la ocasión.

LUCÍA. Bien lo has pensado; vete, que vendrá.

GONZ. Yo voy á hacerme dél encontrado.

*(Vanse y dice el VEJETE en lo alto.)*

PERO GIL. Bien dice un refrán antiguo: que el buen vecino es hermano

y espejo del hombre; cierto que es muy horrendo este caso; mas yo le diré á Lorenzo que su honor está adornando con madera de tinteros esta falsa; voy volando.

*(Vase y sale LORENZO con un garrote, huyendo.)*

LORENZO. ¿Tantos á uno?: eso no; salid, traidores, villanos, que aquí y donde no haya nadie otra vez vuelvo á retaros.

*Sale GONZÁLEZ.*

GONZ. Lorenzo de Villarán, ¿de quién os venís quejando?

LORENZO. Yo se lo diré si escucha. Sabrá, señor Boticario, que fué en cas de mi amo el viejo, y dízme: «Lorenzo, en tanto que tu ama se va á misa, quédate en casa guardando mi hacienda y ojo á la puerta, que hay soberbios ladronazos.» Yo le dije, sea en buen hora; y yéndome paseando, topé con una ventana, do mi ama se había tocado y puesto los alfileres; yo al pasar, disimulado, vide otro hombre como yo, y vó corriendo y arranco de una tranca y fuertemente le sacudí tan gran palo, que hecha pedazos cayó; pero luego reparando, por cada pedazo vide un hombre como yo armado; puse pies en polvorosa y así los reté en el campo.

GONZ. Y aun con aqueo traéis el color pálido y tanto, que casi os estáis muriendo.

LORENZO. ¿Que me muero? ¡Ay cielo santo!

GONZ. Idos luego á vuestra casa, confesaos, y entretanto yo recetaré una yerba.

LORENZO. ¡Ay, que me muero! ¡Ay, coitado!

GONZ. Quedaos adiós, y envid á vuestra mujer volando para que yo se la dé.

*(Vase el BOTICARIO.)*

LORENZO. Ya huelo como finado. ¡Ah, mujer!; salí acá fuera.

*Sale LUCÍA.*

LUCÍA. Marido mío, ya salgo; ¡Ay Dios! ¿Dónde está el color de vuestro rostro? ¡Ay, mi amado! ¿De dónde venís así?

LORENZO. Yo me muero, yo me acabo; reñí con una ventana, do estaban hombres armados, y si no me salgo afuera, aun no llegara á tus brazos.

LUCÍA. ¡Pobre de mí, sola y viuda!

¿Qué remedio podré daros?  
LORENZO. Id al Boticario al punto, que una yerba me ha mandado; yo entretanto quiero ir á ponerme ensabanado.

LUCÍA. Yo voy, entraos allá dentro.  
LORENZO. Yo vó á morir de mal grado.

*(Vanse y sale PERO GIL, vejete.)*

PERO GIL. Aquesta es buena ocasión; quiero hablar á mi vecino y decirle que le engaña su mujer. ¡Hola!, ¿á quién digo? ¡hola, Lorenzo!

LORENZO. *(Dentro.)* ¿Quién llama?

PERO GIL. Salid acá.

LORENZO. ¿Quién es, digo?

PERO GIL. Vuestro amigo Pero Gil.

LORENZO. Yo no he menester, amigo, vuestro apetito al morirme.

PERO GIL. Salid, que estáis sin sentido.

LORENZO. Dejadme, que estó poniendo...

PERO GIL. ¿Qué ponéis?

LORENZO. Mi alma digo.

PERO GIL. ¿Dónde?

LORENZO. Encima este vasar, porque con vuelo crecido suba á gozar de las penas que están en el Paraíso.

PERO GIL. Ved que os tengo yo remedio.

*Sale LORENZO ensabanado.*

LORENZO. Confiado en eso, digo que yo salgo; ¿qué queréis?

PERO GIL. Deciros cómo es fingido el pensar vos que os morís.

LORENZO. ¿No lo veis en el vestido?

PERO GIL. Quita al punto la mortaja.

LORENZO. Muerto lo tendré, vecino, para otra vez, yo no quiero, aunque es cierto que me ha ido mi mujer por un remedio.

PERO GIL. Sois un necio y sin juicio; ¿no echáis de ver que os engaña?; porque estando yo escondido, vi que el Boticario y ella aqueste enredo han urdido para dejaros en casa.

LORENZO. ¿Que no me muero, vecino?

PERO GIL. No os morís.

LORENZO. Pues, ¡ropa afuera!; pagaráo el atrevido; degollabuntur habrá.

¡Oh, Boticario fingido, archivo de melecinas!

Pero Gil, ya sano y lindo me siento; gracias al cielo, ya estó más tieso que un pino; ya yo levanto los brazos; ya meneo el colodrillo; pagarésmelo, traidores, pues me habéis hecho coquillo.

PERO GIL. Mirad que viene.

LORENZO. Escondeos detrás dese paño, amigo, que ya veréis mi venganza.

*(Escóndese PERO GIL y sale LUCÍA con una yerba.)*

LUCÍA. Marido, ya yo he traído esta yerba: mas ¿qué es esto? ¿Vos levantado?; ¿qué ha sido?

LORENZO. Tengo dolor de cabeza, y sosegar no he podido.

LUCÍA. ¿En la cabeza dolor?

LORENZO. Ahí es todo mi peligro. Ven acá, mujer traidora; ¿qué te faltaba en mi casa, que vas con el Boticario á armarme tan grande trampa?

LUCÍA. ¿Qué decís, Lorenzo mío?

LORENZO. Yo digo lo que escuchaba mi vecino Pero Gil.

LUCÍA. ¿Hay falsedad tan extraña? Mirad como es al revés de lo que ese viejo habla, porque ha más de un año entero que con curiosas palabras, diciéndome mil requiebros, de amores me requiebraba, y como no le he querido ha tomado esta venganza. ¿Tal creéis de mí, mi bien?

LORENZO. No lo creo, que burlaba. ¡Oh, viejo Matusalén, caído habéis en la trampa. Salid acá Pero Gil.

*(Sácale LORENZO del brazo.)*

PERO GIL. ¡Cielo santo, aquí me matan!

LORENZO. ¿Cómo decís que mi honra el Boticario quitaba, si sois vos el agresor?

PERO GIL. No lo soy, por Santa Marta, que yo lo vi por el ojo.

LUCÍA. Yo os digo la verdad clara.

LORENZO. ¿Vos desolláis mi honor?

PERO GIL. Si yo tal desolliné, desollinado me vea de una buscona más fea que la k del A, B, C.

LUCÍA. Forzados de Galilea, responded aquí por mí: ¿estoy inocente?

*(Dentro los Músicos.)*

Músicos. Sí.

LORENZO. ¡Válgame la Cananea!

LUCÍA. Pues que me habéis escuchado, salid á dar mi disculpa, y al que tuviere la culpa pague luego su pecado.

*(Salen dos figurillas y aporrean con matapecados al VEJETE, y da fin el entremés.)*



## 317

CVIII.—Entremés famoso:  
Las Habladoras.<sup>1</sup>

DE LUIS DE BENAVENTE

PERSONAS:

LORENZA.      MARÍA.  
JUANA.          FRANCISCA.*Salen LORENZA y JUANA á una puerta, y á otra FRANCISCA y MARÍA.*

JUANA.

Ven, Lorenza; á la puerta nos sentemos,  
y de la luna y fresco gozaremos.

LORENZA.

¿Y adónde está? Ese fresco, Juana mía,  
suele venir al aclarar el día.

MARÍA.

¡Jesús, y qué calor! No tiene talle  
de hacer fresco á la puerta de la calle.

FRANCISCA.

La peor salida es de las salidas,  
que como están las piedras encendidas  
con el sol, la bellaca que se sienta,  
parece, si la tal puede sufrillo,  
vieja en invierno sobre maridillo.

JUANA.

Pues ¿hay más que regar?

FRANCISCA.

No es acertado,  
que si una mujer se sienta en lo regado,  
con favor del caldero y de la sogá,  
granjea un mal de madre que la ahoga  
y á bien librar una legión de pulgas,  
que saliendo del centro,  
se entran á más andar la tierra adentro;  
después de echar en nuestras carnes sisa  
juegan á salta tú por la camisa.

MARÍA.

Con todo eso, la puerta de la calle  
divierte mucho y causa mil mohñas.

LORENZA.

¡Ah, señoras vecinas!  
¿Quieren conversación?

MARÍA.

Sí la queremos.

JUANA.

Pásense acá, ó allá nos pasaremos.

FRANCISCA.

Lo primero me agrada,  
que es linda cosa remudar posada.

LORENZA.

Andariega es la dama.

FRANCISCA.

¡Guarda afuera!  
no soy dama, que á serlo apeteciera  
ser dama de ajedrez, dama sin tasa.

JUANA.

¿Para qué?

FRANCISCA.

Para andar de casa en casa.

LORENZA.

¡Tira afuera, golosa!

FRANCISCA.

Bien me viene  
el nombre que me pones,  
que á pares me comiera los peones.

JUANA.

Fueran lances perdidos,  
que están ya los peones muy comidos.

FRANCISCA.

Es porque erráis el modo,  
que de una vez queréis comello todo.

Sáe PEROTE.

PEROTE.

¡Jesús! ¿Aquestos son caniculares?  
Ó miente el repertorio,  
ó mudad á Madrid el purgatorio.  
¡Jesús, qué desconsuelo!  
Escopetas de fuego tira el cielo,  
y parece que el Prado  
en lugar de regar lo han esterado.

FRANCISCA.

Este es gran hablador y gran figura.  
Entraos allá, así Dios os dé ventura,  
porque quiero burlalle.

LORENZA.

Tráele, y no le burles en la calle.

PEROTE.

Cumplióse mi deseo;  
género femenino es el que veo.  
¡Oh, puertas de verano!  
¡Oh, qué de entradas dais á paso llano!  
Aunque algunas abiertas,  
como á perros nos cogen entre puertas.  
Ninfa perdiz, que esconde por donaire  
la cabeza, y el cuerpo deja al aire,  
no quiero tafetán; quitale, niña,  
que el perico se ahaja y desaliña,  
pues cual ves por la obra,  
todas le buscan cuando á mí me sobra.*(Quítase el tafetán FRANCISCA.)*¡Quitóselo, por Cristo  
Ella obedece y calla; tal no he visto.  
Sácame de una duda:  
muchacha de los cielos, ¿eres muda?*(Hace señas que no.)*

FRANCISCA.

No hay escucha;  
poca es mi voluntad, mi lengua es mucha.

PEROTE.

Pues huyo de su lengua ó taravilla.

FRANCISCA.

Pondréme yo en un salto donde fueres,  
que soy como una cabra.

JUANA.

Perdone, que le atajo su palabra.

PEROTE.

¿Qué torbellino es éste?

JUANA.

Son quimeras;

largue las faltriqueras.

*(Mete las manos en la faltriguera y saca un real de á ocho.)*¿Qué es esto? ¿Un real de á ocho?  
No me quede en la tienda ni un bizcocho.  
No quiero de figón, váyase al rollo,  
que en seis libras de pan esconde un pollo,  
y siendo todo maula,  
cierran chiquito pájaro en la jaula.  
Ea, vayan por ello.  
¡Ah!, veamos si tiene en qué traello.

PEROTE.

Espere.

JUANA.

¿Qué es espere? Mirarélo.  
No hallo otra cosa: bastará el pañuelo.

PEROTE.

¡Mujer!

JUANA.

¿Cómo mujer? De eso me espanto;  
¿yo soy mujer de un hombre que habla tanto?  
Pierda aquesos temores;  
amigueta soy yo, pues, de habladores.

PEROTE.

¿Dónde me iré? ¡Dios mío, este trabajo  
para el cielo me labra!

LORENZA.

Perdone, que le atajo su palabra.

PEROTE.

Quien embargue la obra ya se ha visto,  
mas la palabra no, por Jesucristo.

LORENZA.

¡Qué lindo está á fe mía!  
Puesto el sombrero es gran descortesía;  
¿qué es lo que encubre y tapa?  
Vaya fuera la capa,  
no tenga miedo: ¿qué me está mirando?

PEROTE.

No tengo miedo, mas estoy temblando.

¿No, y callas? Mía eres.

¡Albricias, que ya callan las mujeres!  
Soy por hablar tentado  
y á mi medida una mujer he hallado;  
que es harto, por el cielo soberano,  
que á un Labrador le vayan á la mano.  
Si me atajan un cuento,  
ó me doy de puñadas ó reviento.  
Mucho envidio, señores,  
á los predicadores,  
que con quietud notable,  
hablan un hora sin que nadie hable;  
y no yo, que si hablo  
luego se pone de por medio un diablo,  
diciéndome con voz alfeñicada,  
de doncella que labra:  
«Perdone que le atajo su palabra.»  
Atajado te veas tú y la niña;  
¿no es mejor ni atajarme ni cansarte  
y así me ahorrarás de perdonarte?*(Hace dos veces sí con la cabeza.)*Ahora bien, ¿callas siempre? ¡Oh, famosa!  
Y yo lo hablaré todo, linda cosa;  
soy tu marido y tú eres mi regalo; *(Hace señas.)*  
eres noble y villana, aquesto es malo;  
casamiento de hidalgo y de villana  
es como la morcilla, muda hermana,  
que el hombre para hacella  
pone la sangre y las cebollas ella.  
Mas, pues, callando piensas granjearme,  
escucha una lición para hablarme,  
te juzgue el gusto y aun las ganas te abra.

FRANCISCA.

Perdone que le atajo su palabra.

PEROTE.

¡Ay, que habló!

FRANCISCA.

¿Cómo habló! Desista, amigo,  
que es muy niño hablador para conmigo;  
que en lengua y paladar tengo cosquillas.  
Cómprame enaguas, écheme virillas,  
y para andar como alma cuerpo en pena,  
pretinillas de barba de ballena,  
y no así como quiera,  
sino con lucidísima pollera  
que levante, peor que los demonios,  
á las caderas falsos testimonios,  
y de día y de noche  
tráigame un coche, búsqume otro coche,  
que en el Prado y más Prado paseando,  
la vanidad me vaya bazucando.

PEROTE.

Señora...

FRANCISCA.

No hay señora; aquesto quiero,  
busque dinero, gáneme dinero.

PEROTE.

Digo...

FRANCISCA.

No diga.

PEROTE.

Escucha.

<sup>1</sup> Entremeses nuevos. Alcalá, 1643.



LORENZA.  
¡Jesús y lo que habla!  
De hombre hablador no haré un cornado.

PEROTE.  
Quería...

LORENZA.  
Pues no quiera,  
que por querer está desta manera.

PEROTE.  
Pretendo...

LORENZA.  
No pretenda,  
que gustará sus años y su hacienda.

PEROTE.  
Pienso...

LORENZA.  
No piense, hermano,  
que se hallan bestias y se esconde el grano.

PEROTE.  
¡Que reviento!

LORENZA.  
Picalle, camarada,  
parecerá morcilla sancochada.

PEROTE.  
La testa tengo loca;  
taparéle la boca,  
porque fácilmente no la abra.

MARÍA.  
Perdone, que le atajo su palabra.

PEROTE.  
¡Otro diablo tenemos!

MARÍA.  
Poco á poco.  
¡Ay, que se mata! ¡Ay, que se ha vuelto loco!  
Aprisa, aprisa, amigas,  
quítadle para atalle aquellas ligas;  
quítadle y requítadle, porque pienso  
que es al quítalle algo como censo;  
no haya para quitárselo pereza.

PEROTE.  
Sin alones, sin pies y sin cabeza,  
un ganso soy pelado;  
el corpanchón, es cierto, me han ahajado.

MARÍA.  
¿Pues osa á hablar?

LORENZA.  
¿Pues habla?

JUANA.  
¿Pues habladorcito me es, diga, barbado?

FRANCISCA.  
¡Calle!

MARÍA.  
¿No calla?

LORENZA.  
¡Calle!

PEROTE.  
¿Pues yo hablo?

FRANCISCA.  
Chito, no demos de comer al diablo.

PEROTE.  
Y aun de cenar le diera  
como de aquí saliera.  
Hi de puta, bellacas,  
¿habránse visto juntas cuatro urracas,  
que hablan solas más que diez conventos?

FRANCISCA.  
Pues aun agora hablamos de alimentos.

PEROTE.  
¿Tanto con alimentos hablar pueden?  
Pues Barrabás aguarde cuando hereden.  
*(Cantan unos músicos.)*  
Despeje, hablador, el paso,  
no malogre tanto amor,  
que para ver su firmeza,  
tanta burla se trazó.

CORO 2.º Detente, que corres ciego,  
no ejecutes su intención,  
que amor tal vez al vencido  
glorias da de vencedor.  
¡Al arma, al arma, al arma!  
¡Guerra, guerra, guerra!,  
que interés amor destierra;  
huye de aquí, rapaz,  
que no das, y en este tiempo  
todo es dar.  
Ríen las damas y llora el amor;  
vaya, vaya el malhechor;  
tengan de mi destierro,  
las que aman firmemente, compasión.

## 318

CIX.—Entremés de Los Gorrone-  
nes.<sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:]

PISTRACO.	GORRONA.
CHICHOTA.	SACRISTÁN.
SOLETA.	MÚSICOS.
DOS CRIADOS.	CLAMOREADA.

PISTRACO.  
Sal aquí, si eres hombre, gorroncillo,  
futura sucesión de Peralvillo:  
más hueco y más hinchado

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1657.

que relleno de huevos sancochado;  
más enconoso, más que un panadizo,  
y más provocativo que un chorizo;  
sal aquí, sal aquí gorrón Chichota,  
ruina del jarro, esponja de la bota.

CHICHOTA.  
Espera, espera, pues, gorrón Pistraco,  
quinta ciencia del sorbo y del tabaco,  
que por tu sed eterna  
no has dejado taberna con taberna:  
espera, si eres hombre,  
cuero sin pez, postrero deste nombre.

SOLETA.  
¡Ah, Pistraco! ¡Ah, Chichota! ¿Qué es aquesto?  
Aunque hay puntos, no enviden todo el resto:  
cuénteme esta pendencia,  
quizá les compondré esta diferencia.

PISTRACO.  
Bien conoces [4] Antona,  
la que en el pueblo llaman la Gorriona,  
que tiene privilegio  
de fundar de gorronas un colegio.

SOLETA.  
Conózcola muy bien.

CHICHOTA.  
Quiere casarse,  
y Pistraco pretende aventajarse  
á mis merecimientos.

PISTRACO.  
Pues ¿será mucho, molde de jumentos?

CHICHOTA.  
¿A mí jumento? Tírote un astrólogo  
que de su necedad no se convierte.

PISTRACO.  
Tira, que no hayas miedo que me acierte.  
Tira.

CHICHOTA.  
Allá va de un salto:  
la cabeza abajó y pasó por alto;  
tírote un repertorio.

PISTRACO.  
Tiros grandes,  
apuntarás á mí y darás en Flandes:  
tomo la honda, para ver si acierto,  
y tírote un doctor.

CHICHOTA.  
¡Ay, que me ha muerto!

SOLETA.

¡Válate Dios!

PISTRACO.  
¿Pues tanto mal le he hecho?

SOLETA.

Un doctor le tirabas, anda, vete:  
menos fuera tiralle un pistolete:  
milagro fué no darme á mí por yerro.

CHICHOTA.  
¡Confesión, Comunión, Unción, entierro!

*Salen la GORRONA, CLAMOREADA y SACRISTÁN.*

GORRONA.  
¡Qué lastimeras voces  
á mis tiernos oídos dan de coces!  
¡Hola, Clamoreada, Sacristana!

LAS DOS.  
¿Qué nos mandas, señora?

GORRONA.  
Mirad qué gente es ésa.

CLAMOREADA.  
Es un cuitado  
que de un dotor el pecho atravesado,  
no puede defenderse de Galeno.

GORRONA.  
Sacádsele, que luego estará bueno.

CHICHOTA.  
¡Oh, Gorriona querida,  
que sabiendo quitalla, me das vida:  
por ti es esta batalla,  
y si no me remedias, vuelvo á dalla!

PISTRACO.  
Por ti es aquesta riña;  
tú la compón, Gorriona, tú la aliña.

SOLETA.  
Que te casas entienden,  
y Pistraco y Chichota te pretenden.

GORRONA.  
Verdad es que me caso, y es mi intento  
que sea quien me lleve en casamiento,  
poeta, sacristán, gorrón marcado  
y en aquestas tres ciencias graduado.

SACRISTÁN.  
Esto se lleva por oposiciones;  
tomen puntos y lean sus liciones;  
que el que mejor moliere en la tahona,  
ése será gorrón de la Gorriona.

CHICHOTA.  
Voy volando á oponerme.  
PISTRACO.  
Pues yo pajas.

SOLETA.  
Á argumentos se tienen de hacer rajas.

GORRONA.  
Vamos, bellas Gorrionas, allá dentro,  
á adornar nuestras personas:  
los que os metéis de gorra, estad atentos,  
y aprovecharos de aquestos argumentos.

*Salen dos CRIADOS.*

CR. 1.º En efeto, ¿es hoy el grado?



- CR. 2.º No en efeto, en esta sala;  
y la divina Gorróna,  
hoy la gorra les encaja.  
CR. 1.º Pues poned bien estas sillas,  
y prevenid esas bancas:  
acabad en hora buena.  
CR. 2.º Acabad vos, noramala.  
CR. 1.º Ya suenan los instrumentos.  
CR. 2.º Pues vamos á acompañarlos.

*Vanse todos y suenan atabalillos, y van saliendo por su orden  
PISTRACO, CHICHOTA, SOLETA, GORRONA, CLAMOREADA y  
SACRISTANA.*

- GOR. Empiecen, pues.  
TODOS. ¿Quién?  
GOR. Pistraco.

PISTR. Auditorio reverendo,  
y tú, Gorróna, *in utroque*,  
prestadme agora silencio:  
pregunto, Chichota, amigo,  
¿cuál es el gorrón perfecto?

CHICH. El que de mesas ajenas  
es un sabañón eterno,  
y aunque lo muelan á palos  
dice que es cosa de juego.

PISTR. No señor, el gorrón fino  
es el que sale al encuentro  
á un hombre que, en plaza ó rastro,  
echándole un vos tan grueso,  
le dice: «¿Lleváis ahí  
hasta cuatro ó seis realejos  
que me han venido á faltar?»;  
y dándose los, va luego  
y hace lo mismo con otro;  
de suerte que en poco tiempo,  
á la mitad del lugar  
está debiendo dineros.

SOLETA. La razón es apretante.  
CHICH. Oigan, el gorrón más diestro  
es el que empeña una capa  
de seda entrando el invierno,  
y por el verano lleva  
otra de paño, diciendo  
que le perdone, y le dé  
la de seda, á cierto efeto;  
y con esta gorra goza  
las dos capas á sus tiempos:  
no paga, y no le hacen falta,  
aunque las tenga en empeño.

PISTR. Eso es falso.  
CHICH. Esto es verdad.

*(Sacan ellos pasteles y ellas se los quitan.)*

PISTR. *Probatúr.*  
CHICH. *Probatúr.*  
SACR. *Nego.*  
CLAM. *Nego.*  
GOR.

No ha de haber *probatúr*,  
cuando nosotras neguemos;  
vaya agora la poesía.

PISTR. Este villancico he hecho  
al patrón desta ciudad.

CHICH. Vaya y diré yo el mío luego.  
PISTR. Quien tuviere el tejado de vidrio,  
no tire piedras al de San Isidro.  
Déjele, deje, deje,  
que no habrá quien trasteje.

Y apellidan los monacillos:  
tiren, tiren cuartillos.

Y repite el sacristán:  
busquen, busquen tafetán  
blanco, negro, verdagay,  
girigirigay, girigirigay.

CHICH. ¡Jesús, qué de necedades!  
PISTR. ¿Necedades? Vaya el vuestro.

CHICH. Vaya el mío, que le hice  
antaño por este tiempo.  
Hoy tenemos como dicen en el cielo,  
el padre alcalde,  
que nos da pan y vino de balde;  
porque en este mundo cojo  
no le hallamos por un ojo;  
y pues hace á los hombres cosquillas,  
toquen y tañan las campanillas:

dilín, dilín,  
media capa es de San Martín:  
dilón, dilón,

y el cochino de San Antón.  
Dan, dan, dan.

PERRO. Y es testigo San Sebastián.

SACR. Loro, loro,

HECHIC. trompeticas suenan de oro.  
Ta, ta, ta,

campanicas repican de plata,  
coman los hombres del *caeli colorum*,  
*per omnia secula seculorum*.

TODOS. Vitor.  
GOR. Vitor, Chichota, mil veces.

PISTR. ¿Cómo vitor? *Nego, nego.*

CHICH. *Probatúr.*

SOLETA. *Probatúr.*

CHICH. Vaya,  
si es *probatúr*, yo lo pruebo.

*(Sacan tres botas y ellas se las quitan.)*

GOR. Á ellos, gorrónas mías.

SACR. A ellas, sí, que no á ellos.

SOLETA. Oigan, ¿qué prisa hay al vino?

GOR. ¿Agora lo sabes, necio?

Demos la borla á Chichota,  
y luego nos casaremos.

TODOS. Cola, Pistraco.

PISTR. Mentís:

no soy cola, *nego, nego*.

SACR. Hincad entrambas rodillas.

CLAM. Poned la mano en el pecho.

GOR. ¿Prometéis ser tan gorrón,  
que en los convites del pueblo,  
en los coches, en las bodas,  
en los acompañamientos,  
os entraréis sin que os llamen,  
y aunque os echen?

CHICH. Sí, prometo.

GOR. ¿Prometéis en los garitos,  
á pesar del garitero,  
sacar los naipes, y ser  
de lo que se saca diezmo?

CHICH. Sí, prometo.

GOR. ¿Prometéis  
en banco que no sea vuestro,  
sentaros en la comedia,  
y decir, si viene el dueño:  
«Ya estoy sentado, es desaire  
levantarme, no he de hacello,

perdone vuesa merced»,  
y quedaros?

CHICH. Sí, prometo.

*(Dale tres golpes con la gorra y pónsela.)*

GOR. Pues con tres golpes de gorra  
que os doy, quedáis caballero,  
gorrón y doctor graduado.

SACR. Levantaos y os cantaremos  
un tono sacristanil.

CLAM. Ceremonia entre los nuestros.

*(Canta.)*

«La capilla sacristana,  
á otro sacristán gorrón,  
en el día de su boda  
esta letra le cantó:  
*Kyrie, Kyrie eleison.*

CHICH. Como humilde monacillo

*(Canta.)*

que desta capilla soy,  
á los *Kyries* que me cantan  
doy la misma responsión.  
*Kyrie», etc.*

MÚSICOS. Todos cuatro van bailando,  
que con tal gracia y primor  
son asombro en la destreza,  
y en el aire admiración.  
Ellas guían, ellos siguen,  
entre todas anda amor;  
que de tales tres gorrónes,  
¿quién no estima el su gorrón?  
Mas Pistraco que los mira  
con sonora y dulce voz.  
Los gorrónes rateros  
de menos partes  
son los que en la comedia  
se entran de balde.  
Un gorrón entre muchos  
que no le llaman,  
perro flaco parece,  
que otros le ladran.

## 319

CX.—Entremés de La Constreñida.<sup>1</sup>

DE BENAVENTE

[PERSONAS:]

PEDRO. | MÉDICO.  
ALMAGRO. | DOÑA MENCIA.

*Salen PEDRO y ALMAGRO con un orinal y una vasera quebrado.*

PEDRO.

Almagro, he de quitar la mula al Médico,  
porque se precia mucho de entendido,  
haciendo lo que os tengo prevenido,  
y mi industria ha de ser para alaballa,  
que él mismo sin pedírsela ha de dalla.

ALMAGRO.

Pedro, bien puede ser; pero á la vista  
remito lo sutil de tu caletre.

PEDRO.

No hay lance que mi ingenio no penetre;  
él sale ya, cuidado en lo que toco;  
que he de volver al mediquillo loco.

*Sale el Médico.*

MÉDICO.

¿Mandan algo, señores?

PEDRO.

Solamente  
soy el que mando yo, que mi sirviente  
obedece: no más de una dolencia  
traigo una relación harto notable.

MÉDICO.

Lléguese aquí, porque mejor me hable.

PEDRO.

Antes de oirme tome aqueste escudo.

MÉDICO.

Con este unguento, ¿quién no será mudo?  
Mas no era menester.

PEDRO.

Tenga paciencia  
y escuche atentamente la dolencia,  
que es de una hermana que su fin declina;  
mas antes será bien mirar la orina,  
que el criado la trae.

MÉDICO.

¡Ah!, gentilhombre,  
muestre acá el orinal.

ALMAGRO.

Estoy perdido,  
que agora en la vasera se ha rotpido.

PEDRO.

¿Que me responda un picarón barbado  
agora en la vasera se ha quebrado!

ALMAGRO.

Rompido he dicho yo.

PEDRO.

Gentil disculpa:  
¿vive Dios que he de darle...

MÉDICO.

Menos cólera  
podéis tener.

PEDRO.

¿Por vida!

ALMAGRO.

No se quite,  
señor dotor, que me dará la muerte.

PEDRO.

¿Que un bergante responda desta suerte!

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1657.



MÉDICO.  
Volved por otra orina.

ALMAGRO.  
Está la aldea  
media legua de aquí.

PEDRO.  
Cosa insufrible:  
es un picaño; ¿habláis?

MÉDICO.  
Ya estáis terrible.

PEDRO.  
La cólera muy poco disimula.

MÉDICO.  
Pues es tan cerca, vayan con mi mula  
luego por otra.

PEDRO.  
Gran merced recibo,  
porque es la enfermedad hipocondría  
y es la orina esencial.

MÉDICO.  
Doña Mencía.

DOÑA MENCÍA.  
¿Qué me mandáis?

MÉDICO.  
Haced que al punto saquen,  
apareje la mula, y á ese hidalgo  
se la dad, y mirad no salga el galgo.

DOÑA MENCÍA.  
Para vos la tenía aparejada:  
venid, galán.

PEDRO.  
Abrevien la jornada;  
si no es por vos, hiciera aquí un mal hecho;  
á fe que os ha de entrar en mal provecho.

MÉDICO.  
Decid la relación mientras que viene.

PEDRO.  
Mucha atención, señor dotor, conviene.  
Habrá dos años que en Navalcarnero,  
lugar de lindos nabos, el herrero  
se casó con Aldonza de Torralba,  
en tiempo del insigne perro de Alba.  
Este herrero hallándose tullido,  
se fué á vivir á Cuenca, donde tuvo  
alferecía el tiempo que allí estuvo,  
hasta que un mercader, de pesadumbre  
de que en Trujillo hubiese huevos frescos,  
un domingo, y fué fiesta, los gregüescos  
se puso de su abuelo, que los trujo  
cierto padastro, que se halló en Triana  
la tarde misma que murió la hermana  
del tío de la mía, que está enferma;  
el médico de aquí, para que duerma,  
le recetó un jarabe de cantáridas;  
pero no le tomó, porque un canónigo

de Santorcaz, que tundidor se hizo  
(fué tanta la violencia del hechizo),  
tuvo flujo de sangre; y el difunto,  
llevando cartas al virrey de Lima,  
hizo que le casasen con su prima,  
aunque por las viruelas del muchacho,  
se detuvo en la Corte su despacho.  
Pero dos capiscolos, sus parientes,  
dicen que de parir son accidentes,  
y á mí me envían.

MÉDICO.  
Quedo, poco á poco;  
todo lo que habéis dicho, ¿qué hace al caso  
para esa hermana que en la cama queda?

PEDRO.  
Oiga y verá lo que el demonio enreda.  
Mi hermana entonces era de dos años,  
y cuatro meses, y catorce días,  
y tres horas y media, y con porfías  
de su suegra y cuñado, cierto obispo,  
que quiso, que no quiso, la embarcaron,  
y á Getafe en litera la llevaron:  
el pollino era nuevo, y á la entrada,  
de ver que el cocinero á la empanada  
le echó verbena, alpiste y culantrillo,  
subió á tocar á fuego el monacillo;  
porque el portero gordo de los frailes  
juró que era verdad lo que decían,  
y que ellos á mi hermana sanarían.

MÉDICO.  
Imposible es que yo entendolo pueda.

PEDRO.  
Oiga y verá lo que el demonio enreda:  
hízose un propio al rey.

MÉDICO.  
¿Para qué efeto?

PEDRO.  
Hallándose mi hermana en tal aprieto,  
determinóse consultar al punto  
los médicos mejores de Torrijos,  
á donde es discreción hacer sus hijos:  
no se erró mucho, porque al quinto día  
le sacaron las parias á mi tía,  
declarando primero la comadre  
que era aquella criatura de su padre.  
De este aborto mi hermana tuvo un niño,  
y dióle luego usagre y almorranas;  
mas no se le quitaron las cuartanas,  
aunque tomó tabaco y chocolate;  
al seteno la fiebre dió remate  
al humor grueso, y el doctor Salgado  
avisó de secreto que era hurtado,  
y le dieron la Unción.

MÉDICO.  
Hombre, ¿qué dices?  
¡Cielo, que este embeleco sufrir pueda!

PEDRO.  
Oiga, y verá lo que el demonio enreda.  
Habrá veinte y dos años, finalmente,

que mi hermana comió ciertos melones,  
de que le resultaron lamparones:  
al duque de Florencia puso pleito,  
y llevan Avicena y Monserrate  
para que se concierte su rescate;  
miraron lo que escribe, y los doctores  
hallaron que Galeno contradice  
la opinión de Mercado, donde dice  
que *mulier mortua, nunquam est curanda*.  
Replicó á este argumento Luis Miranda,  
y hallaron que el cenar es medicina,  
y que untado con sen y trementina,  
quedará el sacristán sin mal de madre.  
Esta receta la perdió mi padre,  
y dándole á don Esteban la almendrada,  
que era para mi hermana; y enfadada  
doña Violante, confesión pedía;  
el cura estaba entonces en Gandía,  
y confeséla yo; murió, enterráronla,  
y después se hizo sastrero, y en tal vicio  
le trujeron de Italia un beneficio,  
que le ordenó un albéitar, que al contrario  
llegaba con la purga el boticario,  
y no la tomó el sastrero ni su ama;  
y, en fin, mi hermana siempre está en la cama.

MÉDICO.  
Digo que es una loca, y yo, pues sufro  
tantos disparatones; y esa hermana,  
¿qué edad tendrá?

PEDRO.  
Hará mañana  
veinte y seis meses.

MÉDICO.  
Miren sus engaños,  
pues me dijo que habrá veinte y seis años  
que comió esos melones: el demonio  
ú el infierno que aquí sufrille pueda.

PEDRO.  
Oiga, y verá lo que el demonio enreda.

MÉDICO.  
Digo que me ha enredado, y de mí creo  
que no estoy vivo; ¡hay hombre más notable!

PEDRO.  
¿Quiere oirme otra vez?

MÉDICO.  
Señor, no hable,  
sino váyase al punto y no replique.

PEDRO.  
Suplico á vuesasted.

MÉDICO.  
No me suplique.

PEDRO.  
Escuche.

MÉDICO.  
Déme el arcabuz de rueda.

PEDRO.  
Esto es, señor, lo que el demonio enreda.  
(Vase.)

DOÑA MENCÍA.  
¿Qué lleva aquel hombre que parece  
que le habéis enojado?

MÉDICO.  
Es un bergante  
que con mil desatinos me instimula.

DOÑA MENCÍA.  
Ya tarda mucho el que llevó la mula.

MÉDICO.  
¡Por Jesucristo!, que se la ha llevado,  
y con la entretenida me ha pagado.

DOÑA MENCÍA.  
Id tras dél, que me da gran pesadumbre.

MÉDICO.  
Á fe que le he de dar hartos enojos:  
vamos tras dél; ¡ay, mula de mis ojos!

Sale PEDRO.

PEDRO.  
*Domini doctor, mulam non hallabis,  
mientras que cien escutis non pagabis;*  
que esta huída he hecho al sor medico  
porque vea el ingenio á que me aplico.

MÉDICO.  
Dame mi mula y toma tu dinero.

PEDRO.  
Soy contento y bailar un baile quiero,  
porque la castañera decir pueda  
que esto es, señor, lo que el demonio enreda.

## 320

CXI.—Entremés de Las dos  
letras.<sup>1</sup>

DE BENAVENTE

PERSONAS:

DOÑA TRUCHA.	VEJETE.
DOÑA CARMESÍ.	MARIDO.
DOÑA CARISEA.	

Entran DOÑA TRUCHA y DOÑA CARMESÍ.

DOÑA CARMESÍ.

No tienes que cansarte, doña Trucha;  
tengo razón.

DOÑA TRUCHA.

¿Quién te lo niega? Y mucha.

<sup>1</sup> Flor de entremeses. Madrid, 1657.



Doña CARMESÍ.  
Pues ¿por qué me aconsejas casamiento que ha de parar en triste monumento?

Doña TRUCHA.  
Mi doña Carmesí, templa tu ira, y tu provecho, y no tu gusto mira: un viejo rico con dos mil de renta, es para el gusto linda sal pimienta.

Doña CARMESÍ.  
Escucha como es falso ese consejo: caso con mozo y no apetezco al viejo; y si caso con viejo, y no me gozo, no será mucho apeteecer al mozo.

Doña TRUCHA.  
¡Fuerte argumento! Á visitarte vienen.

Entra Doña CARISEA.  
Doña CARMESÍ.  
¿Quién?

Doña TRUCHA.  
Doña Carisea la Manchada.

Doña CARMESÍ.  
¡Oh, amiga mía, seas bien llegada!  
¿Qué hay de nuevo?

Doña CARISEA.  
Que traigo que contarte más de mil zarandajas de quimeras.

Doña CARMESÍ.  
Ya rabio por oillas; ¿á qué esperas?

Doña CARISEA.  
Hice lo que mandaste, y lo primero, informe del señor casamentero de sesenta maridos consumados, dellos con voluntad, dellos forzados. En la calle del Prado hay dos maridos, son forasteros y recién venidos.

Doña TRUCHA.  
Pasa adelante; que marido en prado, se hace más toro, cuando descuidado.

Doña CARISEA.  
¿Casados en la calle de las Postas?

Doña CARMESÍ.  
¿Casados en postas, religioso trance, que si me mata, el diablo que le alcance!

Doña CARISEA.  
La calle de Alcalá tiene un marido muy galán.

Doña CARMESÍ.  
Desde luego le despido.

Doña CARISEA.  
Pues ¿por qué?

Doña CARMESÍ.  
Luego lo vi: el pobrete querrá desde Alcalá pasar á Güete.

Doña CARISEA.  
Hay un novio riquísimo en la calle de los Majadericos.

Doña CARMESÍ.  
No lo quiero;  
ya ese novio me huele á majadero.

Doña CARISEA.  
Cerca de San Martín, que es el convento de los Benitos, hay cierto mocito.

Doña CARMESÍ.  
No quiero por mi casa sambenito.

Doña CARISEA.  
En la de las Carretas hay un hombre que es muy galán.

Doña CARMESÍ.  
Y di, ¿cómo es su nombre?

Doña CARISEA.  
Don Naranjo.

Doña CARMESÍ.  
Naranjo y en carreta,  
al discreto lector por la estafeta:  
pasa adelante.

Doña CARISEA.  
Y tiene mil de renta.

Doña CARMESÍ.  
Mil de renta, vil es.

Doña CARISEA.  
¿No te contenta?  
Otro vive en la calle del Espejo.

Doña CARMESÍ.  
Azar, ya se quebró; ¿mas que es muy viejo?

Doña CARISEA.  
Es verdad, pero es hombre que ha servido cuarenta años en Flandes.

Doña CARMESÍ.  
Buen marido:  
ese trairá de dote alguna hazaña,  
y andará todo el año el ¡cierra á España!

Doña CARISEA.  
En la calle del Príncipe he buscado dos novios.

Doña CARMESÍ.  
Esa calle me ha sonado.

Doña CARISEA.  
Y te los traigo aquí; pero primero las calidades referirte quiero:  
el uno es hablador superlativo.

Doña CARMESÍ.  
¡Fuego de Cristo, chamuscarle vivo!

Doña CARISEA.  
El otro es al contrario que se muere de sólo oír hablar; y á cuantas cosas pregunten, aunque muy dificultosas, con dos letras responde solamente.

Doña CARMESÍ.  
Venga ante nos aqueese penitente.

Doña CARISEA.  
Él y el soldado viejo vienen juntos.

Doña CARMESÍ.  
*Quanto in primis* son malos los trasuntos.

Entra el VEJETE y el MARIDO.  
VEJETE.  
Beso á vuesamerced los dos remates, cimienta de esa basa ó bellos fines, que cubren los dichosos escarpines.

Doña CARMESÍ.  
Para decir los pies, pobre pasante,  
¿habláis crítico, culto y relevante?

VEJETE.  
Señora, lo que se usa no se excusa.

Doña CARMESÍ.  
Vos traéis una linda garatusa.

VEJETE.  
Yo conocí á un galán que dijo á un paje, comiendo en un convite habrá dos días, por decir, «echa poco y á menudo», «licoriza por átomos en tropa», y el paje astuto le quebró la copa.

Doña CARMESÍ.  
Pues ya que convidado habéis venido, padre, con esperanza de marido, trocad en terso y liso ese lenguaje, porque os pondré como á la copa el paje.

VEJETE.  
Yo fuí un tiempo, señora, gran soldado, y he sido treinta y seis años casado; fuí sargento en un tercio de sardinas; he estado en el Perú y en Filipinas, en Chile, en Goa, en Calicú, en Bengala, y ahora en el Brasil, donde yo solo á setenta ladrones les di bolo; y sobre todo aquesto, mi señora, traigo muchos dineros.

Doña CARMESÍ.  
Si con ellos, sin fraude, sin tintilla, sin engaños, se os cayeran de acuestas cincuenta años, pudierais ser llamado y escogido; que estáis maduro ya para marido.

VEJETE.  
Mentís como mujer.

Doña CARMESÍ.  
Por viejo os dejo,  
que no puede agraviar hombre tan viejo.  
¿Y vos, sois mudo?

MARIDO.  
No.

Doña CARISEA.  
¿No te lo digo?  
Aunque dé gritos, hable y argumente,  
con dos letras responde solamente.

Doña CARMESÍ.  
¡Santo marido, mudo y con dineros!  
Esos son los maridos verdaderos:  
¿qué hacienda tiene?

Doña CARISEA.  
Cuatro mil ducados.

Doña CARMESÍ.  
Este es de los maridos aprobados:  
¿querísme por mujer?

MARIDO.  
Sí.

Doña CARISEA.  
Yo en ello gano;  
ya os quiero más que á mí.

MARIDO.  
¿Tú?

Doña CARMESÍ.  
Sí, marido,  
porque á mi condición venís medido;  
y pues ya sois mi esposo, estadme atento,  
que os quiero declarar mi pensamiento.

MARIDO.

Di.

Doña CARMESÍ.  
Yo por la mañana duermo de buena gana; tendréisme el bocadito en despertando, daréisme de vestir en almorzando; y apenas me pondré el último broche, cuando brillando el coche, por quitarme de mil ocupaciones me lleve á las forzosas estaciones, tal vez hacia Palacio á visitar mi primo don Estacio, que será la ordinaria, y en oyendo que da la temeraria, si no hubiere venido tener paciencia como buen marido.

MARIDO.

¡Oh!  
Doña CARMESÍ.  
Recibirme ha en llegando,